

ALEJANDRO BULLÓN

HUO
vuelve
a casa



Asociación Publicadora Interamericana

2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE.UU.

tel. 305 599 0037 – fax 305 592 8999

mail@iadpa.org – www.iadpa.org

Presidente: Pablo Perla

Vicepresidente Editorial: Francesc X. Gelabert

Vicepresidente de Producción: Daniel Medina

Vicepresidenta de Atención al Cliente: Ana L. Rodríguez

Vicepresidenta de Finanzas: Elizabeth Christian

Edición: F. X. Gelabert

Diseño de la portada: Ideyo Alomía L.

Copyright © 2009 Asociación Publicadora Interamericana

Está prohibida y penada por la ley la reproducción total o parcial de esta obra (texto, diagramación), su tratamiento informático y su transmisión, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia o por cualquier otro medio, sin permiso previo y por escrito de los editores.

ISBN 10: 1-57554-725-2

ISBN 13: 978-1-57554-725-1

2a edición: mayo 2009

Introducción

Era una tarde soleada en la ciudad brasileña de Belo Horizonte. Estaba casi llegando al cruce de la avenida Alfonso Pena con la calle San Pablo, cuando te vi. Hacía mucho tiempo que no te veía. Trataste de huir, de cruzar hacia la vereda de enfrente, de volver sobre tus pasos; pero nuestro encuentro era inevitable. ¡Tenía que suceder! Te saludé y tú bajaste la cabeza. Te conocía muy bien. Sabía quién eras, de modo que puse la mano sobre tu hombro y te pregunté:

—¿Qué te pasa?

—Tengo vergüenza, pastor —dijiste tímidamente
—. Tengo vergüenza de encontrarme con los hermanos. Huyo de ellos, y vivo escondiéndome.

—¿Por qué?

—¡Porque estoy fuera de la iglesia!

—Lo sé. Pero también sé que Dios te ama mucho y que está esperándote con los brazos abiertos. La iglesia también te quiere. Sé que los hermanos están orando para que vuelvas. ¿Por qué no vuelves?

Su voz se quebró por la emoción que embargó todo su ser, y entonces dijo algo que nunca podré olvidar:

—Ya es tarde, pastor. ¡Ya es demasiado tarde! Estoy hundido hasta el cuello. ¡Nunca podré regresar!

—Pero, ¿por qué? —apelé—. Dios te ama. él nunca dejó de esperarte.

De repente, su voz cambió. Ahora parecía tranquilo. Sus ojos miraban con frialdad. Me habló como si calculara cada palabra que decía.

—Adiós, pastor. No diga nunca más que Dios me ama. Yo fui demasiado lejos, y para mí ya no existe la posibilidad de regresar.

Entonces, se fue. Yo quedé allí parado, viendo cómo se perdía en medio de la multitud. Nunca más lo vi, ni volví a tener noticias tuyas, pero estoy pidiéndole a Dios que, de alguna manera, este librito llegue un día a sus manos, y a las manos de tantos que, como tú, un día partieron para no regresar jamás... Este libro es la súplica del Padre:

¡HIJO, VUELVE A CASA!

Capítulo 1: Hijos o esclavos

«Un hombre tenía dos hijos...» Lucas 15: 11.

HACÍA MUCHO CALOR aquel sábado de tarde mientras subíamos la cuesta que llevaba al cementerio. Mis hermanos y yo nos dirigíamos allí, caminando en silencio, para visitar la tumba de nuestro padre. La última vez que lo había visto estaba muy enfermo, pero no había lágrimas en sus ojos, como en las otras despedidas. El brillo de la esperanza iluminaba su

viejo rostro marcado por el dolor y los años. Algo dentro de mí me decía, aquel día, que estaba viendo a mi padre por última vez en este mundo; y sin embargo, regresé al Brasil. Un mes más tarde, un sobre con los bordes blanco y rojo, los colores del Perú, me trajo la noticia fatal: «Papá murió».

«Es ahí». La voz de mi hermano me sacó de mis pensamientos. Levanté los ojos y vi la pequeña tumba blanca. Una extraña mezcla de sentimientos se posesionó de mi ser. ¿Tristeza? ¿Nostalgia? ¿Recuerdos? ¿Esperanza? Tal vez todo eso junto. Tal vez tan solo la nostalgia alimentando la esperanza. O quizá solo la esperanza borrando la tristeza y endulzando la nostalgia.

Cerré los ojos, como queriendo arrancar recuerdos de la oscuridad. Intenté decir algo, pero sentí que sería inútil. ¿Para qué? él ya no me oiría. Sus restos estaban ahí, insensibles, inertes, esperando el día glorioso de la resurrección. Me tragué mis palabras, recuerdos y nostalgias. Solo dejé aflorar en la mirada la esperanza del reencuentro con aquel hombre sencillo, que se fue gastando como una vela para ver a sus hijos realizados en la vida.

El Señor Jesús contó un día una parábola usando la elocuente figura de la relación padre-hijo, para expresar el tipo de relación que quiere tener con el ser humano. «Un hombre tenía dos hijos», dijo. Aquí se describe el secreto de una vida victoriosa y feliz. El cristianismo no es solamente una relación con una doctrina o con una iglesia. El cristianismo es, sobre todo, una relación con la persona de Jesús.

¿Sabes cuál es la tragedia de la religión de muchos? Que nosotros, los seres humanos, tendemos a sustituir la vida interior por las cosas exteriores, y a preocuparnos más por las cosas que se ven, por las formalidades, por aspectos externos de la religión, que por el aspecto interior. Vivimos toda la vida tratando de ser buenos por nosotros mismos. Luchamos una y otra vez, pero nunca lo conseguimos. Entonces nos frustramos y pensamos que el cristianismo no sirve.

«No es para mí», decimos, y abandonamos todo. ¿Por qué? Porque medimos el cristianismo solo por las cosas buenas que hacemos o por las cosas equivocadas que dejamos de hacer.

Sin embargo, Dios, mide el cristianismo por el tipo de relación que tenemos con él. Para la gente, a menudo el cristianismo es solamente sinónimo de buena conducta. Para Cristo, es sinónimo de relación. La buena conducta será siempre una consecuencia natural de la relación con Cristo.

En la parábola del hijo pródigo, el Señor Jesús trata de decirnos que Dios nos mira como hijos, y no solo como «criaturas que tienen el deber de obedecer». No nos mira como si fuéramos computadoras sin alma, sin corazón, sin vida, fabricados con el deber de hacer todo correctamente. El apóstol Juan exclama: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios».1 Y Dios mismo dice: «Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo».2 Encontramos aquí el sentido íntimo del tipo de relación que predica el cristianismo. Nosotros lo amamos porque él es nuestro Padre. Nosotros le obedecemos porque lo amamos, y le servimos con placer debido a los íntimos lazos que nos unen. Esto revitaliza el cristianismo. Ver a Jesús no solo como nuestro Salvador, sino también como nuestro Padre y Amigo, nos ayuda a vivir una vida espiritual abundante y feliz, nos guarda del legalismo, del fariseísmo y de la pseudoortodoxia.

Aquellos cuya religión se fundamenta en el amor, no sucumben a las asperezas y pruebas de la vida. Pero, cuando el amor disminuye, entonces nos parece que las reglas aumentan. Cuando amamos a alguien, no necesitamos pensar en las reglas para servirle. Por supuesto, las leyes y normas son necesarias, para dar expresión pormenorizada a los principios; pero el amor nos conduce naturalmente a lo que es correcto. El hombre que ama no obedece las normas porque sean obligatorias. Por el contrario, su obediencia es la consecuencia de su amor.

En esa relación Padre-hijo, lo que Dios más desea es tenernos cerca de su corazón. Lo trágico del pecado no es el hecho de que quebrems una norma escrita. Lo trágico es que el pecado nos aparta de Dios. Entonces, en lugar de amarlo, comenzamos a tener miedo de él; en lugar de buscarlo, huimos de su presencia y nos escondemos. Dios, nuestro Padre amante, no puede soportar eso porque nos ama y quiere volver a tenernos en sus brazos.

«Un padre tenía dos hijos» ¡Cuántos mensajes en estas pocas palabras! Dios está diciendo que para él no existe diferencia entre sus hijos. él puede ser Padre de dos, mil o un millón de hijos; su capacidad de amar no tiene fronteras. Durante todo este tiempo, en que por algún motivo de la vida anduviste lejos de él, ¿piensas que su corazón no sangró? él sabe donde estuviste. Siempre lo supo. Conoce tus angustias, tus tristezas y tus rebeldías. Te ama así como eres, aunque quiere transformarte. En medio de la multitud, tú eres único. Siempre sintió tu ausencia. Tu lugar estuvo siempre vacío porque para Dios nadie es ni será como tú.

Cuando mi padre llegó a los ochenta años, mis hermanos prepararon una emotiva fiesta de cumpleaños. Estaba todo listo. Había luces, colores, alegría, música, y también la tarta que en ocasiones como esa no puede faltar. En mi casa paterna la mesa es grande, somos nueve hermanos, y con las nueras, yernos y nietos, la familia creció. Todos tienen su lugar designado en la mesa, pero, aquella noche yo estaba en Brasil, y mi lugar en la mesa estaba vacío. Quince días después, recibí una carta de mi padre que decía: «Hijo, la fiesta estuvo linda, pero faltabas tú. Tus hermanos trataron de alegrarme, pero los recuerdos me apretaban el corazón. Me dolía ver aquel lugar vacío». ¿Entiendes lo que Dios quiere decirte? La fiesta allá en los cielos podrá ser muy bonita, pero sin ti nada será igual. Tu lugar estará siempre vacío.

Si alguna vez pasó por tu cabeza la idea de que no eres muy importante, sácala y lánzala bien lejos, por

favor. Si alguna vez alguien te dio a entender que no haces falta, olvida lo que te dijo y perdónalo. Levanta los ojos y mira a tu Padre con el corazón abierto, esperándote. No lo veas tan solo como un juez severo, listo para condenarte; trata de verlo como el Padre que está dispuesto a restaurar la unión y la comunicación.

En el Evangelio de San Lucas encontramos una parábola que ilustra muy bien el amor y la paciencia del Padre con nosotros. «Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: “Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo. ¡Córtala! ¿Para qué inutilizar también la tierra?” él entonces, respondiendo, le dijo: “Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella y la abone. Y si da fruto, bien; y si no, la cortarás después”» 3

Casi siempre tenemos la idea de que Cristo es bondadoso y el Padre es severo, un juez intransigente. Pensando así, al leer este texto concluiremos: Dios es el dueño de la higuera, es aquel que en la parábola no tiene paciencia y está dispuesto a cortarla porque no producía frutos. Pero Cristo intercede y dice: «No, Señor, espera un poco, permíteme trabajar con ella un año más».

¿No es esa la impresión que tenemos a primera vista? Siempre, por alguna razón, tenemos la idea de que Dios es intransigente, que está dispuesto a juzgar y presto para condenar. Pero no es así. En esta parábola el Señor está ilustrando el carácter del Padre. él es amor y justicia. él tiene principios, pero ellos son la expresión de su misericordia. él espera frutos, pero tiene paciencia; mucha más paciencia que la que nosotros tenemos. Su justicia dice: el ser humano debe alcanzar este blanco; pero su misericordia clama: espera un año más, continuaré trabajando con él, continuaré dándole oportunidades, continuaré amándolo, continuaré creyendo en él.

Cuando cierras los ojos y tratas de imaginar a Dios, ¿qué ves? ¿Te sientes atraído por él? ¿Tienes ganas de correr a sus brazos, a pesar de lo que puede haber en tu vida? ¿O tienes miedo de él? ¿O piensas que estás condenado para siempre porque un día te resbalaste y te apartaste de él?

«Un hombre tenía dos hijos». ¡Hijos! Eso es lo que tú y yo somos para Dios. Nosotros no lo merecemos, pero él nos hizo sus hijos. No somos dignos de él, pero él se complace en llamarnos hijos. él no tiene vergüenza de decirle al universo entero que yo soy su hijo y que él me ama, a pesar de lo que soy. ¡No lo comprendo, pero te lo agradezco, oh Dios!

Referencias

1. Juan 3: 1.
2. Oseas 11: 1.
3. Lucas 13: 6-9.

Capítulo 2: El enfrentamiento

«Y el menor de ellos dijo a su padre...» Lucas 15: 12.

TENÍA APENAS VEINTICINCO AÑOS, pero pasaría el resto de su vida envejeciendo lentamente en aquella celda fría. Todo el mundo lo conocía por el sobrenombre de Baiano. Su fama de criminal violento y peligroso estaba bien fundamentada en siete asesinatos. Incluso dentro de la prisión había matado a dos reclusos. Estaba condenado a cuarenta años de cárcel, y tenía, además, otros siete procesos pendientes, lo que no le dejaba ni la más mínima esperanza de salir libre algún día.

Cuando habló conmigo, sus ojos brillaban, tratando de esconder la emoción que sentía su corazón. Ahí estaba ese hombre duro, arrasado ahora por un remolino de sentimientos.

—Pastor, ore por mi madre—me dijo—. Ella es creyente y sufre mucho por mí.

Y luego, con la cabeza baja, agregó:

—Me gustaría volver a ser un muchacho. Creo que comenzaría todo de nuevo y las cosas serían diferentes.

¿Te has dado cuenta de que, cuando uno es joven, tiene la impresión de que la juventud no va a terminar nunca? ¿Que nos parece que las oportunidades son eternas? ¿Que la energía, la salud y la fuerza estarán siempre a nuestra disposición? «Basta con dar un grito, extender la mano, y ellas vendrán corriendo», pensamos. Pero el tiempo nos muestra dolorosamente que no es así, y que esa etapa de la vida se va y no vuelve nunca más.

En la parábola del hijo pródigo, el Señor Jesús menciona deliberadamente «y el menor de ellos», tratando demostrarnos de alguna manera la importancia de las decisiones en esa época de la vida.

Existe, en el corazón humano, un sentimiento que durante la juventud se acentúa, llevándonos a veces a una búsqueda permanente y sin sentido. Es el ansia de libertad. «¡Quiero ser libre!», clama el corazón del joven. «Nada de barreras ni de prohibiciones. Quiero una tierra sin fronteras».

El joven quiere conocer y probar todo. A veces, basta con que alguien le diga: «No toques eso», para que él quiera sumergirse con más ansiedad en las aguas fascinantes de lo desconocido. Si alguien le dice que las drogas lo dañarán, el joven no lo acepta.

«¿Por qué?—pregunta—. Quiero probar por mí mismo. ¿Cómo sabré que son dañinas si nunca las probé?» Miles de personas mueren anualmente víctimas de cáncer pulmonar. No es necesario ser religioso para saber que el tabaco acaba con la salud, pero el joven contesta: «¿Cómo voy a saber que el cigarrillo es perjudicial para mi salud si nunca me dejaron probarlo?»

De repente, todas las atracciones del mundo se vuelven irresistibles. Allá afuera no existen prejui-

cios, no existe moral. «Todo depende de la cabeza de uno», dicen los defensores de la vida sin compromiso. «¿Sexo antes del matrimonio? No hay nada de malo en eso. ¿No fue Dios quien creó el sexo? ¡El amor es maravilloso! Lo que no debes hacer es salir con una chica diferente cada semana; pero, si aquella chica es la única novia que tienes, y la amas, ¿qué puede haber de malo en eso?»

«¿El licor? ¿Qué tiene de malo? No necesitas exagerar. Un trago social, por compromiso, no tiene nada de malo; de lo que tienes que cuidarte es de no caer en el vicio y transformarte en un alcohólico».

¿No es más o menos así como racionalizamos? «¿Por qué vivir angustiados, llenos de tabúes y prohibiciones? Deja esa idea de cristianismo; la religión te transforma en una máscara, o un disfrazado. Deja eso para los viejos, primero vive la vida. Después que hayas conocido y experimentado todo, entonces piensa en Dios».

Eso fue lo que pasó con el hijo de la parábola. Un día confundió las cosas y pensó que el padre coartaba su libertad, que el padre quería mantenerlo siempre subyugado y sin personalidad. Y entonces, pensó: «Basta de normas y reglamentos, quiero ser libre»

¡Cuánta razón tenía Jesús cuando dijo «y el menor»! Las estadísticas muestran que la mayoría de los que abandonan la iglesia, lo hacen entre los 12 y los 18 años, o sea, siempre son los «más jóvenes» de la parábola. Pero esto no tiene que ver solamente con la edad física; tiene que ver también con la edad espiritual. Hay personas que aceptan a Jesús y a su iglesia con un entusiasmo increíble y luego, en los primeros años de su crecimiento espiritual, sienten el deseo de «ser libres», de vivir «sin los límites que la iglesia impone», sin prohibiciones y sin normas. ¿Por qué sucede eso? Sencillamente, porque confundimos el cristianismo, porque pensamos que ser cristiano es tan solo dejar de hacer las cosas malas y comenzar a hacer buenas obras. Nos olvidamos que la obediencia sin una buena relación Padre-hijo no tiene nin-

gún valor. Entonces dejamos de amarlo como a un Padre misericordioso y comenzamos a servirle como a un dictador. Dejamos de ser hijos y nos volvemos esclavos.

Al comienzo de nuestra experiencia cristiana, aunque no exista una relación tal, aun así, con un poco de fuerza de voluntad y dominio propio, logramos cumplir todas las cosas. Pero, con el correr del tiempo, comenzamos a sentir el peso de las normas, que sin Cristo no tienen vida. Vivir sin Cristo, atormentados por observar, sin su ayuda, un patrón de vida que nosotros mismos nos hemos fijado, produce frustración interior. Entonces, nos preguntamos: «¿Dónde está la bendita paz de la que nos hablaban?» Además, sentimos la presión externa debido a nuestra nueva fe. Los amigos y los familiares nos dan la espalda, y muchas veces se burlan de nosotros. Por otro lado, sentimos también la presión interna, producto de la exigencia que nos hacemos de vivir por nosotros mismos a la altura de los principios que conocemos.

Llega un momento en ese tipo de experiencia cristiana, cuando Cristo pasa a ocupar el último lugar. Primero es la iglesia, las normas, las cosas que podemos y que no podemos hacer, y no queda tiempo para Cristo. Estamos tan preocupados en hacer cosas para él, que nos olvidamos de detenernos y conversar con él, de relacionarnos cada minuto y enriquecer nuestra comunión con él.

Esta manera de encarar la vida cristiana nos lleva, finalmente, a la conclusión de que lo único que el cristianismo hizo fue cercenar nuestra libertad. Entonces nos transformamos en cristianos tan solo para cumplir las cosas, y no para deleitarnos en el compañerismo con Jesús.

De ahí, a querer volver a «la tierra de la libertad», hay solo un paso. Y cualquier motivo será el pretexto que nos faltaba. Si alguien nos miró mal, o no nos saludó, o habló mal de nuestro trabajo; cualquier cosa, por mínima que sea, será motivo suficiente para

romper nuestra relación con la iglesia, porque nuestra relación con Cristo hacía ya mucho tiempo que se había acabado. Nadie abandona a Jesús de la noche a la mañana. Este es un proceso lento y doloroso; es un proceso que incluye sufrimiento y lágrimas. Primero, frustración porque no hemos logrado cumplir con lo que se esperaba de nosotros; después, remordimiento, desesperación, nuevos intentos fallidos y, finalmente, el abandono de la iglesia y el vacío del alma.

¿Por qué? Porque quizá nuestra juventud espiritual no vio a Cristo en medio de lo que llamamos cristianismo. Quizá nunca hayamos conocido a Jesús, y solamente hayamos estado unidos a una iglesia. O tal vez, en algún momento de la experiencia cristiana, dejamos de relacionarnos con él y comenzamos a preocuparnos únicamente por ser buenos miembros de iglesia.

¿Qué sucedió con el hijo menor de la parábola? ¿Juntó sus cosas y se fue, sin que nadie lo supiera? ¿O buscó al padre para tener con él un diálogo abierto y sin rodeos? ¿Cuál fue la actitud del padre? ¿Cómo nos trata Dios cuando cuestionamos su autoridad? Vamos a verlo en el siguiente capítulo.

Capítulo 3: La partida

«Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde»; y les repartió los bienes» Lucas 15: 12.

UNA VEZ ME PIDIERON QUE HABLARA con un grupo de adolescentes que estaban usando las hojas de la Biblia para hacer cigarrillos de marihuana. Hablé con ellos, con cariño. Les mostré los peligros de la droga y, finalmente, les hablé del amor de Dios.

—¿Dios? —dijo uno de ellos burlonamente— Dios no existe. Dios es fruto de su imaginación.

—Claro que Dios existe —le respondí—, y te quiere mucho.

Un coro de carcajadas interrumpió mi razonamiento.

—Le voy a dar a Dios la oportunidad de probar que existe —dijo con aire de seriedad el muchacho—. Si él es real, le doy treinta segundos para que me quite la vida por haber utilizado las hojas de la Biblia para hacer cigarrillos de marihuana.

Los segundos pasaron, lentamente. él miraba el reloj dispuesto a celebrar una gran fiesta.

—Treinta segundos —se rió después irónicamente—. ¿Dónde está Dios?

Nunca podré olvidar aquel incidente, aunque ya han pasado muchos años. ¿Quién venció y quién perdió? ¿Quién tenía la razón, al final de cuentas? Aquel incidente me demostró que la paciencia de Dios es demasiado grande para agotarse en treinta segundos. También me mostró que el amor de Dios es muy mal interpretado. él podría habernos creado como autómatas, como robots sin posibilidad de desobedecer. Hubiera sido muy fácil para él. No habrían surgido complicaciones posteriores: Nada de pecado, ni de sufrimiento, ni de sacrificio de parte de Cristo. ¿Por qué nos creó como seres moralmente libres?

Lucifer también podría haber sido creado de esa misma manera. Así nunca habría abrigado en su corazón orgullo y ambición. ¿Por qué Dios no nos hizo autómatas, programados obligadamente para el bien? ¿Sabes por qué? Por respeto al ser humano. Si solo existiera la posibilidad de hacer el bien, no seríamos realmente libres. Seríamos esclavos del bien. Obedeceríamos, no por opción, ni por libre elección, sino porque no habría posibilidad alguna de pecar.

Pero Dios nos ama y nos respeta tanto que, además de la vida, nos dio el don de la libre elección.

Somos libres; libres para escoger, para optar, para decidir. Pero este don bendito, que debería ser nuestro mayor privilegio, es, a veces, nuestra gran tragedia. ¿Por qué pensamos que Dios no puede, o no existe, o está muerto, como dicen algunos teólogos, por el hecho de que respeta nuestras decisiones?

«Dame la parte de los bienes que me corresponde».

¿Qué le pertenecía a aquel joven, de la hacienda que el padre había construido con sudor, trabajo y sacrificio? Entre los judíos, un hijo solo tenía el derecho a reclamar su parte de la herencia cuando el padre moría. Reclamarla mientras el padre vivía era una afrenta, el colmo del atrevimiento y la mayor falta de respeto a la autoridad paterna. Era como desear que el padre se muriera. Y mira cómo somos. Nosotros, los seres humanos, miramos hacia Dios y decimos: «Mis pies son míos, y voy con ellos adonde se me ocurre. Mis manos son mías, y hago lo que quiero con ellas. Mis ojos, mis oídos, mi vida toda, son míos y nadie tiene derecho a entrometerse en lo que hago con ellos. Hago lo que quiero. Asisto adonde quiero. Oigo lo que me parece que es bueno para mí, y a nadie le importa nada de lo que hago».

Esta declaración presenta una triste verdad, y encierra al mismo tiempo un gran engaño. La verdad es que, efectivamente, yo puedo hacer lo que quiero, o lo que me parece que es bueno para mí. El engaño es pensar que, debido a eso, la vida me pertenece.

¡Es una lástima que seamos así! Pero eso no altera el amor de Dios por nosotros. Él convoca a las fuerzas de la naturaleza y dice: «A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia».1

¿Ves? Ante mí hay dos caminos. La vida y la muerte. Dios quiere que yo escoja el camino de la vida; pero él no me obliga hacerlo; solo me muestra las consecuencias. Me deja el privilegio de la elección. él me concede, incluso, el derecho de negar su existencia y hasta de arrancar las hojas de la Biblia para hacer un cigarrillo de marihuana. Hasta me reconoce el derecho de tirar la Biblia a la basura y pensar que todo es una simple tontería. Libertad, ¿entiendes? Tal vez nuestra mayor tragedia sea el hecho de que no sabemos usar la libertad.

Cada latido del corazón es un milagro divino. Desde el día cuando nacimos hasta hoy, nuestro corazón no dejó de latir un segundo. Ha estado funcionando veinticuatro horas al día, año tras año. ¿Cuándo fue la última vez que fue «engrasado»? ¿Puede alguna máquina funcionar tantos años sin descanso, ni de día ni de noche? ¿Cómo es posible? ¿Por qué el corazón no cesa de latir? Porque existe un Dios que dirige todo. él es la fuente de la vida, la vida le pertenece. Si él quisiera acabar con la vida, no necesitaría ni siquiera mover un dedo. Bastaría desearlo, y todo el mundo se sumiría en un caos. ¿Tiene el ser humano el derecho de decir: «La vida es mía, hago con ella lo que quiero, y a nadie le importa eso»? No, no lo tiene. Pero aún así, él respeta nuestra libertad y nuestro poder de elección.

Fijate que en la parábola del hijo pródigo, el padre no discutió: «Les repartió los bienes». ¿Quiere esto decir que el padre es indiferente a las decisiones del hijo? ¡No, claro que no! Él se queda expectante. El padre hace todo lo posible para inspirar al hijo a tomar la decisión correcta. Lo abraza con amor, cuidado y tierna protección; pero no puede obligarlo a hacer nada contra su voluntad. Ese es el amor maravilloso del Padre: Se queda en un rincón, contemplando entristecido la partida del hijo, pero no lo contradice. El ser humano se apodera de la vida que Dios le prestó, se transforma en el señor de sus decisiones y, llevado por el deseo de conocer y probar todo, se lastima, se hiere, hiere al padre; pero ni aún así Dios deja de amarlo y de aceptarlo si vuelve.

Se cuenta de Pedrito, un niño pobre, que no tenía padres que pudieran comprarle juguetes. La mayoría de los juguetes que tenía habían sido hechos por él mismo: pedazos de cartón, trozos de madera o tapones de botellas que recogía del suelo; todo eso era el material con el cual fabricaba sus juguetes. La historia dice que el juguete predilecto de Pedrito era un barquito de madera, construido por él mismo. Lo soltaba en la parte alta del río y corría por la orilla

para recogerlo en la parte baja. Un día, Pedrito soltó el barquito como otras veces, y corrió para esperar su juguete en el lugar acostumbrado, pero el barquito no apareció. El muchachito fue ascendiendo por la orilla del río, buscándolo, pero no lo encontró. Sencillamente había desaparecido.

Pasaron los días, pero el recuerdo del barquito le encogía cada día más el corazón. Un domingo, Pedrito encontró en la feria de la ciudad a un hombre que vendía juguetes usados y, para sorpresa suya, descubrió entre ellos a su barquito querido.

De nada le sirvió reclamar, ni llorar. El hombre exigía un precio por el barquito y el muchachito tuvo que trabajar mucho, durante la semana, para juntar el dinero. Cuando llegó el siguiente domingo, Pedrito corrió a la feria y compró el barquito. Regresó a su casa y, encerrándose en su cuarto decía, llorando, mientras abrazaba con ternura el juguete de madera:

—Barquito, oh mi barquito, ahora eres dos veces mío. Mío, porque yo te hice, y mío, porque te compré.

¿Entendiste la moraleja de la historia? Nosotros somos dos veces de Dios. Le pertenecemos primeramente, por creación. Pero un día, nos perdimos y nos entregamos a la esclavitud del pecado por nuestra propia elección. Cuando estábamos sin esperanza, y en el fondo del túnel no se veía luz alguna, él, por amor, envió a su Hijo amado y nos compró, «no con oro, ni con plata».2

Ahora somos de él por creación y por redención. ¿Crees todavía que puedes decir: «La vida es mía y hago con ella lo que quiero»?

Referencias

1. Deuteronomio 30: 19.
2. Pedro 1: 18,19.

Capítulo 4: La alocada huida que nunca acaba

«No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente» Lucas 15: 13.

EN 1979 FUI A PREDICAR a una gran ciudad del estado de Minas Gerais, Brasil. Después de la predicación, un hermano me invitó a comer a su casa. Durante el almuerzo me habló con mucho entusiasmo de su hijo, un muchacho quinceañero, alegre y bien parecido. La conversación giró en torno de los planes que tenía para su hijo.

—Va a estudiar medicina —me dijo—, y cuando se gradué, voy a vender la finca y construiré una clínica para él.

¡Cuánta alegría, cuánta esperanza y expectativa! Era maravilloso ver un cuadro semejante.

Un año después volví a aquella ciudad y, una noche, después de la predicación, aquel mismo padre me buscó desesperado.

—Pastor, necesito que vaya a mi casa y ayude a mi hijo —dijo afligido.

Fuimos. Esta vez el cuadro era completamente diferente. El joven parecía un gato salvaje. Tenía la cara llena de granos y los ojos enrojecidos. Un tic nervioso en los ojos hacía que su aspecto fuera más deprimente. Se asustó cuando me vio. Me habría sido imposible reconocerlo si el padre no me hubiera dicho que era el mismo muchacho sano y sonrosado, que había conocido un año antes. ¿Dónde estaba la pureza de su mirada? ¿Dónde estaba aquel rostro sereno de sonrisa agradable?

¡Un año! ¡Apenas un año! En tan poco tiempo, las drogas habían deformado completamente aquella joven vida.

«No muchos días después». Esto revela la rapidez con que el pecado estropea las cosas que toca. El ser humano comienza a jugar «inocentemente» con el pecado y, poco tiempo después, está atado de la cabeza a los pies.

Primero, es un cigarro, solo por curiosidad. Después, uno más para «probar realmente el sabor» y, poco tiempo después, el vicio domina por completo al individuo.

Primero, es una simple mirada; después, un prolongado apretón de manos con una mujer que no es la esposa y, poco tiempo después, el hombre echado todo por la ventana, y hasta abandona la familia, los amigos y la iglesia.

Todo comienza con un «trago social», apenas por compromiso, para agradar a los amigos y, poco tiempo después, está tirado en un rincón habiendo perdido hasta el respeto propio.

Los enamorados comienzan con una caricia leve, aparentemente inocente. ¿Qué hay de malo en eso? Poco tiempo después, terminan prisioneros de sus instintos y con sentimientos de culpa que los atormentan horriblemente.

Recibo centenares de cartas de jóvenes que jugaron con el pecado. Solo por curiosidad, para no «pasar por tontos» y, poco tiempo después, descubrieron que estaban atados de pies y manos. Se sintieron como Pedro en alta mar, con el agua hasta el cuello, impotentes y sometidos por completo al poder del enemigo.

«Estoy escribiendo esta carta para decir que fui miembro de la iglesia durante ocho años, pero me aparté y estoy fuera, y no consigo retornar. No siento deseos de regresar, siento vergüenza. Estoy hundido en la bebida y el vicio. ¿Por qué, pastor, por qué es tan difícil volver? Tengo vergüenza de todos. Vivo escondiéndome de los hermanos. Estoy perdido. ¡Ayúdeme, por favor!»

El clamor angustiante de esta carta, recuerda la actitud del hijo que «no muchos días después» se fue a un país distante, porque cerca del padre no iba a poder vivir de la manera como quería. Aunque el padre no le dijera nada, su mirada cariñosa sería una permanente reprensión al estilo de vida que había adoptado. Aquí encontramos una importante ver-

dad en relación con el pecado. Es imposible pecar en presencia del padre. Es difícil hacer lo malo en presencia de los seres que amamos. Por eso es necesario huir, esconderse, partir a un país distante. Lo que más desea el pecador es estar lejos del padre, lejos de los conocidos, lejos de la iglesia. Esa es la única manera de vivir sin restricciones. Así comienza la triste experiencia de la huida, que a veces no tiene fin.

El ser humano trata de olvidar todo lo que tiene que ver con Dios. «No me hable de Dios, ni de los hermanos, ni de la iglesia. Quiero borrar todo eso de mi vida. Es un capítulo cerrado». Pero Dios continúa hablando, llamando, suplicando. Es difícil no oír su voz invitándonos. Cada detalle de la vida: el canto de un pajarito, el capullo de una rosa que se abre, el amanecer del día, el crepúsculo, un accidente, una enfermedad, en fin, a través de cualquier otro detalle, parece que Dios nos está diciendo: «Hijo, ahí donde estás, te amo. Vuelve a mis brazos de amor». Pero el hombre continúa escapando hacia una tierra lejana. Cansado, sin fuerzas, casi al borde de la locura; pero continúa corriendo; tiene miedo de parar, porque no quiere oír la voz de Dios. Esta es una actitud peligrosa que necesita ser analizada.

¿Oíste hablar del pecado contra el Espíritu Santo? ¿En qué consiste? Una de las doctrinas maravillosas de la Biblia es la doctrina del perdón. Cristo murió por nosotros y, con su muerte, pagó el precio de nuestros pecados. Si caemos a sus pies y lo reconocemos como nuestro Salvador, él paga nuestras transgresiones. No importa el tipo de vida que hayamos vivido hasta ahora. No importa cuán bajo hayamos caído. La Palabra de Dios dice que «si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados».

Pero hay un pecado, el pecado contra el Espíritu Santo, que según la Biblia, no tiene perdón.

¿En qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo? ¿Por qué Dios no lo perdona? ¿Cómo puede alguien saber si ha cometido ese terrible pecado?

Vamos a ilustrarlo en forma práctica. Luis es un joven que nació en la iglesia. Es un miembro activo y dedicado. Como todo joven, Luis tiene amigos en la universidad donde estudia. Un día los amigos lo invitan a una fiesta de cumpleaños que se realizará un sábado de tarde. La primera respuesta de Luis es «no». Pero los días pasan, y los amigos insisten: «No va a haber nada raro. Es tan solo una fiesta de cumpleaños». Lo peor de todo es que, entre los amigos que insisten, está una joven que a Luis le gusta. Finalmente, llega el sábado. Luis por la mañana va a la iglesia. A la tarde, después del almuerzo, siente con más intensidad la lucha entre dos voces en su corazón. Una de ellas le dice: «Ve»; la otra le dice: «No vayas». Luis no sabe qué hacer. En ese momento suena el teléfono. Es la joven de la que hablamos.

—Hola, Luis, ¿no me vas a hacer eso, ...?

Luis se dirige hacia el lugar de la fiesta. En el trayecto oye una voz que le habla fuerte al corazón: «Luis, tú no puedes hacer eso, hoy es el día del Señor. Tienes que estar en la reunión de la Sociedad de Jóvenes». Pero Luis sigue adelante. La voz no lo deja. Casi lo atormenta. Esa voz es insoportable, es la voz del Espíritu Santo hablando al corazón.

Finalmente, Luis llega al lugar de la fiesta. Hay mucha alegría y música para todo el mundo, menos para él. La voz continúa, hablándole siempre. Se siente mal y no logra quedarse mucho tiempo allí. Vuelve a su casa, corriendo. Se echa en la cama y llora. La voz continúa: «¿Por qué, Luis? ¿Por qué? Lastimaste el corazón de tu Amigo». Luis promete no hacerlo nunca más.

El tiempo pasa. Otro día los amigos lo invitan a un picnic en sábado. La lucha recomienza en su corazón. Una voz le dice: «Ve, Luis. Ya fuiste una vez». La otra voz insiste: «Luis, por favor, ¿recuerdas cuán triste quedaste la otra vez?» Esta última es la voz del Espíritu Santo; pero Luis trata de silenciarla para no oírla.

En el ómnibus, mientras van al picnic, la voz continúa hablándole: «Luis, hoy deberías estar en la

iglesia. Es sábado». Pero Luis intenta distraerse para no escuchada. En el picnic, los muchachos y las chicas tocan la guitarra, cantan, saltan y, después, comienza la música, el baile, la cerveza. Luis no puede llegar a tanto. Por lo menos esta vez no bebe cerveza.

Pero la vida continúa, y los picnics, las fiestas y las salidas en sábado se repiten con mayor frecuencia. La voz del Espíritu sigue hablando, suplicando, aconsejando. Luis siempre trata de olvidarla, de distraerse para no oírla. Lo que él no percibe es que la voz, lentamente, con el correr de los días, se va apagando... apagando... apagando... hasta que un día ya no la oye más.

Cada vez que recibía una nueva invitación, Luis accedía con mayor facilidad. La voz le habla cada vez más bajo. Ahora Luis no solamente va, sino que participa en todo: baila, fuma y bebe. Ya no hay nada que lo intimide, nada que le duela. No espera una nueva invitación, por el contrario, trata de que lo inviten. Ya no existen los principios.

Yo no existe el «amigo Jesús». Ya no existe la iglesia. Comienza a justificar sus actitudes. Piensa que todo el mundo está equivocado, que la iglesia es arcaica, que todo depende de cada uno, de lo que cada uno piense. Así Luis comienza a defender el error.

¿Dónde está la voz que, aquel primer sábado cuando los compañeros de la universidad lo invitaron para una fiestita de aniversario, le habló tan alto a su corazón que lo instó a abandonar la reunión y volver a casa y llorar? ¿Dónde está la voz del Espíritu Santo, que tantas otras veces habló, suplicó e imploró?

Nuestro corazón, mi querido amigo, es como la palma de la mano, si no estás acostumbrado a trabajos pesados, y un día tomas una azada, la mano comenzará a doler. Si dejas la azada, la piel continuará lisa y sensible. Pero si continuas, a pesar del dolor, aparecerá una ampolla, la ampolla reventará y, poco a poco, la piel se engrosará y dará lugar a lo que

conocemos con el nombre de callo. Es una especie de cuero duro e insensible. Nunca más sentirás dolor.

El dolor que sentimos en el corazón cuando comenzamos a recorrer caminos equivocados, es la voz del Espíritu Santo. Pero si no la escuchamos, si no le hacemos caso, el dolor disminuirá poco a poco, hasta dejar el corazón endurecido. No hay más dolor, ni sensibilidad. Esto es lo que la Biblia llama pecado contra el Espíritu Santo.

¿Por qué no puede Dios perdonar este pecado? ¿Será porque lo ofendimos tanto que ya no quiere saber nada de nosotros? No. No es por eso. El amor de Dios es un amor infinito, misterioso e incomprensible. A pesar de nuestros errores, de nuestra osadía, de nuestra rebeldía contra la voz de su Espíritu, él continúa amándonos. Pero, ¿por qué, entonces, no perdona el pecado contra el Espíritu Santo?

No porque él no quiera perdonarlo, sino porque el ser humano que llega a cometer ese pecado, no siente que está haciendo mal. Todo está bien para él. No hay nada que le duela, nada que lo conmueva. Ya no escucha la voz de Dios suplicando a su corazón. En consecuencia, vive anestesiado en su pecado. No siente necesidad de arrepentimiento. ¿Para qué? Él no cree que va por mal camino. Ya no pide perdón, porque no siente necesidad de él, y Dios no puede forzar al ser humano a aceptar el perdón. El pecado contra el Espíritu Santo es imperdonable, no porque Dios no lo quiere perdonar, sino porque el ser humano no quiere el perdón.

Tal vez en este momento estés pensando: ¿Habré ofendido alguna vez al Espíritu Santo? ¿No será que muchas veces, cuando su voz me llamó, continué haciendo cosas equivocadas? ¿Qué hacer si me estuviera distanciando de la voz de Dios? ¿Qué hacer si hoy, por haber rechazado tantas veces la voz del Espíritu Santo, él no me habla al corazón con la misma intensidad con que me hablaba antes?

Cuando era misionero entre los indios campas, en la Amazonía peruana, viví una experiencia que me

enseñó una gran lección. Debía pasar aquella noche en la floresta, y decidí hacer una hoguera. El fuego es vida para el indio. Con él prepara sus alimentos durante el día; y de noche es luz, protección y calor.

—Pastor —me habían dicho los indios—, si alguna vez tiene que pasar la noche en la selva, haga una hoguera. El fuego lo calentará y ahuyentará los bichos e insectos nocturnos.

Acordándome de eso, busqué leña y armé una hoguera de cazador, que sirve para cocinar y dar luz y calor. Había aprendido eso en las clases de liderazgo JA. Busqué los fósforos en la mochila y, para sorpresa mía, la caja estaba completamente húmeda. Uno a uno se fueron acabando, sin conseguir sacar de ellos nada más que chispas. ¡Me asusté! Me quedaban solo cinco o seis fósforos. Y si no lograba prender uno, tendría que pasar la noche en medio de la oscuridad de una selva desconocida. ¡Temblé de solo de pensarlo! Sabía lo que eso significaba.

Traté de recordar todo lo que había aprendido en la especialidad de fuegos y fogatas. Busqué un nido abandonado, porque los nidos de pajaritos tienen, por lo general, material que arde muy fácilmente. Busqué ramitas y hojas secas. ¡Listo! Estaba en la recta final. Froté dos palitos más. La chispa apareció y desapareció como las otras veces. Me saqué la camisa y la coloqué del lado que venía el viento, para evitar la corriente del aire.

«¡Ahora sí! —pensé para mí mismo—. ¡Tiene que ser ahora!»

Otra vez, nada más que una chispa... Casi corrí detrás de ella, soplando suavemente para ver si recuperaba la vida. ¡Nada!

«¡Es ahora o nunca!» Temblé y oré a Dios.

La chispa brotó al frotar un palito y corrió hacia el material inflamable del nido. Soplé. La chispita se hizo mayor. Coloqué una pajita. Continué soplando. Una hojita seca, más ramitas. ¡Apareció el fuego! Pequeñito al comienzo. Continué soplando. Otra hoja seca, otra ramita. Una rama mayor, otra hoja y, en

poco tiempo, ¡el fuego en su plenitud! Estaba salvado. Gracias a Dios, no pasaría aquella noche en la oscuridad y el frío. Tenía luz. Tenía calor. Tenía fuego. ¡Estaba salvado!

¿Entendiste? A veces, por esas cosas que tiene la vida, nos vamos distanciando de Dios, nos vamos poco a poco hacia una provincia distante. Lejos del Padre, lejos de la iglesia, lejos de los hermanos, lejos hasta de nosotros mismos; allá en la tierra de la angustia, de la desesperación, de la soledad, quedamos solos, perdidos y tristes. Y clamamos a Dios en nuestro corazón, y él nos responde: «¡Sí, querido hijo. Yo nunca te dejé de amar, mi Espíritu siempre estuvo llamándote. Ven, ahora, a mis amorosos brazos!»

Es posible que en este momento la voz de Dios esté ardiendo en tu corazón como una gran fogata. Si así fuera, da gracias al Padre y permite que el Espíritu Santo continúe iluminándote y dirigiéndote. También es posible que la voz de Dios sea apenas un pequeño fuego en tu vida. En ese caso, por favor, no dejes que se apague. Y, ¿qué pasará si la voz del Espíritu en tu vida no es más que una pequeña chispa? Por favor, préndete a ella desesperadamente. No permitas que desaparezca. Obedécela, déjate guiar por ella, escúchala. Al principio no será más que una chispa; pero luego se transformará en fuego, y, si continuas oyendo y obedeciendo al Espíritu, se transformará en una hoguera de vida.

Capítulo 5: La dura realidad

«Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a pasar necesidad. Entonces fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su hacienda para que apacentase los cerdos. Deseaba llenar el vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba» Lucas 15: 14-16.

ERA CASI LA MEDIA NOCHE en la ciudad de Salvador, de Bahía, en Brasil. Después de una prolongada entrevista pastoral, caminaba lentamente en dirección al hotel, cuando vi a aquel muchacho llorando,

con la cabeza entre las manos, sentado en un banco de la plaza frente al Ateneo Rui Barbosa.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—¡Váyase! —fue la seca respuesta—. Nadie puede hacer nada por mí.

Conversamos un poco. El muchacho estaba enfrentando aquellos momentos críticos por los que pasa el individuo cuando el efecto de la droga se acaba. Después de haber malgastado todo, solo le quedaba aquel sentimiento horrible: se sentía sucio, miserable, acabado, y vacío.

¿No es así como nos sentimos «después de haber malgastado todo»? ¿No es eso lo que pasa cuando las toneladas de ruido se terminan y las luces psicodélicas se apagan? ¿No es eso lo que sucede cuando la noche llega a su fin, cuando los amigos se van y el ser humano queda solo con aquella confrontación existencial de la cual nadie escapa? ¿Qué queda? ¿Qué queda después que las sensaciones placenteras se acaban, después de que el sueño llega a su fin y las luces se evaporan? ¿No es eso lo que sucede después de haberse sumergido en las aguas prohibidas del pecado? La parábola dice: «Vino una gran hambre en aquella provincia». Este es el retrato de la más triste realidad humana.

¡Mira al hijo que está en la provincia apartada! Pensó que el padre lo atosigaba con sus consejos. Quería conocer el mundo, «realizarse», vivir sin restricciones, y desafió al padre. «Dame la parte de los bienes que me corresponde». Partió después para una tierra lejana; cuanto más lejana, mejor. «No quiero que nadie me sermonee». Lejos del padre, lejos de la iglesia, lejos de la familia, el joven ambicioso vivía disolutamente. Al principio, todo parece ser maravilloso: sexo sin compromiso, drogas, noches enteras en la discoteca, sensaciones alucinantes. «El cielo es el límite», decían los amigos.

Pero, por alguna razón, la vida se negaba a ser exactamente como él quería que fuera. Gradualmente,

comenzó a sentir que su vida no tenía mucho sentido. Parecía vacía y, por eso, comenzó a gastar cada vez más dinero. No tenía la intención de ser malo, no. Todo lo que quería era una vida auténtica, alegre con sentido. Hubiera dado todo lo que poseía para conseguir ese objetivo.

Y, así, fue acabando con todo lo que era suyo: el amor, las emociones, las amistades. Desperdició todo lo que hacía de él un hombre. Revisó su cuenta corriente, y liquidó todo su saldo en el banco de la vida. Agotó el sexo, agotó los deseos, agotó los apetitos, y, de repente, después de haber consumido todo, se dio cuenta de que está en una tierra extraña: la tierra del hambre, de la soledad y de la culpa.

El alimento es una de las necesidades básicas del ser humano. Dios usa el hambre en esta parábola como un símbolo del vacío del corazón humano. En la casa del padre, el hijo pensaba que estaba pasando hambre de libertad y de realización. Se fue lejos en busca de todo, llenó su vida con libertinaje, pensando que aquello era libertad, y «se realizó» en todo aquello que su joven corazón ambicionaba. Y ahora, sufriendo de la soledad del inmigrante, después de haber consumido todo, descubre que existe un hambre mayor, un hambre que los placeres de la vida no logran satisfacer. Existe un vacío angustiante en el fondo del alma, que la locura de una pasión, o el brillo del dinero, o la seducción de las cosas prohibidas, no consiguen llenar; hambre del alma, del corazón. Hambre con «h» mayúscula.

A lo largo de mi ministerio, he conversado muchas veces con personas que se apartaron de la iglesia. Recientemente, mientras dirigía una semana de oración en una gran ciudad del interior de São Paulo, dialogué con una joven señora que había abandonado la iglesia hacía diez años.

—No soy feliz, pastor —me dijo con los ojos llenos de lágrimas—. He intentado llenar el vacío de mi alma con otras cosas: trabajo, matrimonio, hijos,

amistades, pero nada me satisface. No entiendo cómo he podido estar todo este tiempo lejos de Dios.

¿Qué hizo el hijo cuando se dio cuenta del hambre del corazón? Trató de resolver el problema. Claro. Pero, ¿cómo? Por métodos humanos. Pensó que la solución podía estar en las manos de un importante ciudadano de aquella localidad. De la misma manera que un hombre que se ahoga, se agarró a cualquiera que pasaba y clamó desesperado: «¡Ayúde-me!»

El hombre lo miró con desprecio, y lo mandó a alimentar los puercos. Y ahora, allí estaba él, un joven otrora respetable, junto a los puercos. Los cerdos se deleitaban revolcándose en el fango, y comiendo algarrobas hasta hartarse. ¡Alrededor había solamente silencio! Nada de música; ni de amigos, ni de dinero, ni placeres, ni hogar, ni padre, ni vida.

¿Qué sucedió, finalmente? Había dejado el hogar para gozar de la vida, pero ahora era la vida la que estaba abusando de él. Había salido de la casa en busca de libertad, pero ahora era un esclavo de las circunstancias.

Aquellos apestosos banqueteaban, y él, castigado por el hambre, estaba casi desfalleciendo. Llegó a un punto en que comenzó a detestar el hecho de ser un hombre en vez de ser un cerdo.

¿Por qué algunos llegan a detestar la vida? ¿Sabes por qué? Porque cuando estamos apartados del Padre, la vida llega a ser una carga tan pesada que comenzamos a odiarla.

«Preferiría ser un puerco», decimos. Ese es el destino del ser humano que intenta solucionar el problema por sí mismo. Ese es el dramático fin de quien confía en los hombres.

Cuántas veces pensamos que lo que nos está faltando en nuestra vida es una nueva filosofía, y corremos detrás de filosofías humanas: dominio propio, fuerza de voluntad. «Descubre el potencial que existe dentro de ti», nos dicen. Y, cuando miramos dentro de nosotros, lo único que descubrimos es que estamos con hambre.

Entonces pensamos que el problema es el dinero. Y comenzamos a trabajar como locos. No paramos ni de día, ni de noche. No queremos parar, porque tenemos miedo de pensar y enfrentarnos con nosotros mismos. Un día, conseguimos lo que pretendíamos. Acumulamos el dinero anhelado. Viajamos por el mundo, compramos la casa con la cual soñábamos y, trágicamente, descubrimos que continuamos con hambre.

«¡Ah! —pensamos—, ¡ya sé lo que pasa! Lo que necesito es distribuir un poco de dinero». Y comenzamos a ayudar al prójimo. Damos dinero para obras de caridad, ayudamos a las iglesias. Pero, cuando nos detenemos, nos damos cuenta de que el hambre está latente, incomodándonos, angustiándonos, asfixiándonos.

Sí, amigo mío, todo lo que alguien haga para resolver el hambre del alma, es como buscar ayuda en el hacendado rico de la ciudad. El fin es el mismo del hijo pródigo. Acabamos alimentando puercos y continuamos con hambre. O sea que las cosas quedan peor, terriblemente peor.

Mira ahora al hijo tratando de alimentarse con la comida de los cerdos. ¡Qué cuadro más patético! ¿Podríamos actualizar la historia y decir que la mayoría de la gente está buscando desesperadamente «comida de puercos»? ¿Podríamos decir que los quioscos de revistas, las discotecas, las librerías, los cines, los videoclubes, y otros medios de comunicación, están ofreciéndonos «comida de puercos»?

Los matrimonios no son felices porque falta Cristo en la vida. Intentan de todo: nuevos muebles, nueva casa, nueva luna de miel, nuevos vestidos, nuevas joyas. Da la impresión de que, cuanto más se tiene, más se desea, y entonces, cuando todo falla, deseamos satisfacer el hambre con «las algarrobas que comían los cerdos».

¿Hay, por ventura, solución para el corazón que se ha apartado de Dios? ¿Está esa alma entregada a la desesperación para siempre porque un día se en-

frentó con el Padre y se fue a una provincia distante?
Vamos a verlo en el capítulo siguiente.

Capítulo 6: El despertar

«Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros”» Lucas 15: 17-19.

ERA LA NOCHE DEL VIERNES. La iglesia estaba repleta. Dios me inspiró aquella noche a hacer un llamado a las personas que se habían apartado de la iglesia. Decenas y decenas de personas se levantaban y se dirigían por los pasillos hacia delante. Mientras Sonete cantaba, yo oraba en mi corazón, pidiendo que el Espíritu Santo ayudara a las personas a tomar su decisión. Fue una noche que quedaría marcada para siempre en la experiencia de muchas personas.

Después de la reunión, cuando descendía por las escaleras. Un hombre de unos cincuenta años, me abrazó llorando.

—Pastor, ¿por qué no esperó quince segundos más? Yo quería levantarme, pero no pude. Soy indigno. No merezco que Dios me ame. Desperdiicé muchas oportunidades en mi vida.

Por increíble que parezca, cuanto más nos acercamos a la salvación, tanto más sentimos que no la merecemos.

Volvamos al hijo pródigo. Cuando buscó a su padre la primera vez, le exigió, lleno de orgullo y suficiencia propia: «Dame la parte de los bienes que me corresponde». Pero, años más tarde, después de haber malgastado todo, pensó: «No soy digno de ser llamado tu hijo».

En el silencio elocuente de aquella tierra distante, entre el fango, la inmundicia y las algarrobas de los puercos, el Espíritu de Dios lo alcanzó. En realidad, la voz de Dios nunca se había callado. Siempre lo buscó. Llamó insistentemente a su corazón; pero el hijo vivía huyendo, siempre huyendo, hasta llegar a aquel momento cuando no tenía a donde huir. Por

primera vez, dejó de oír el grito ambicioso de su corazón rebelde, y escuchó la voz suave del padre amante y volvió «en sí».

¿En qué momento vuelve en sí un hombre? Cuando está fuera de sí. Y quien está fuera de sí, generalmente está loco; y, en el desequilibrio infernal de las facultades, es capaz de hacer las mayores tonterías. «Pastor —escribió cierta vez un hombre—, el renacer de mi vida se produjo un viernes de noche. Me desperté en un motel y pensé: —Dios mío, ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Qué bajo he caído? ¿Cómo he podido llegar a esto? Debo de estar loco. Solo puede ser locura. Si no fuera así, ¿cómo hubiera tenido el coraje de hacer todo esto?— Fue allí, pastor, en la basura de la vida, donde Dios me alcanzó y me dijo: —Hijo, ¡levántate! Es hora de volver. Ya fuiste demasiado lejos. ¡Ahora, basta! ¡Ven a mis brazos de amor! —»

El Espíritu de Profecía dice que lo que hizo recapacitar al hijo pródigo no fue la dureza de la vida, ni la soledad, ni el frío, ni el hambre, sino el amor del padre. El amor del padre es como un imán irresistible. No es el hombre quien quiere ser salvo. El ser humano, por naturaleza, se deleita en la inmundicia de los puercos.

Es Dios quien quiere salvarnos. Es Dios quien te busca, te sigue, te persigue, te llama con gemidos indecibles, con voz suplicante: «¿Dónde estás, hijo mío? Es hora de que vuelvas. Yo te amo a pesar de lo que hiciste. No importa cómo hayas vivido hasta ahora; por favor, vuelve, vuelve pronto». Y es a la luz de ese amor que el duro corazón humano se entenece, se ablanda, y el hijo rebelde clama: «Ten piedad de mí que soy pecador. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros».

Capítulo 7: El regreso

«Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello y lo besó» Lucas 15: 20.

«TENGO VERGÜENZA». «Fui demasiado lejos». «Ya es muy tarde». Son expresiones que he oído muchas veces de personas que sienten que la voz de Dios llama a su corazón pero que, por algún motivo, quedan paralizadas donde están. Decidieron regresar, respondieron al llamado, reconocieron su triste situación, pero no tienen fuerzas para comenzar a recorrer el camino de regreso.

Si conocieran la dimensión del amor del Padre, sin duda no vacilarían. Yo imagino que desde que el hijo se fue, el padre quedó en la terraza de la casa, mirando el camino y diciendo para sí: «Volverá, yo sé que un día volverá. No sé cuándo, ni cómo; pero sé que un día aparecerá por ese mismo camino. Lo esperaré, lo esperaré con los brazos abiertos. No puedo perder esa esperanza. Continuaré creyendo en él, aunque todo el mundo piense que ya no hay esperanza para él, y aunque él mismo piense que ya no existe solución para su caso».

La historia dice que el hijo «se levantó y se fue, a su padre». No quedó detenido en el «me levantaré e iré». No quedó solo en la decisión. Volvió. ¿Cómo? En el estado en que estaba; sucio, lleno de piojos, con los cabellos y las uñas crecidos, con olor a puerco y ropas de inmundicia. Aquí hay algo que necesitamos entender. Muchos permanecen en el valle de la indecisión y de la desesperación, solo porque no comprenden el sentido de esta parábola.

Si el hijo pródigo tuviera primeramente que bañarse, arreglarse el cabello y las uñas, y ponerse un buen perfume, antes de regresar, entonces la iglesia tendría que cambiar su doctrina de la justificación, que es solo a través de la fe; y de la santificación, que también es a través de la fe.

Amigo mío, tienes que volver al Padre tal como estás, con tu cigarro, con las drogas, con los complejos, los traumas y las marcas que el pecado haya impreso en tu vida. No intentes, por favor, resolver tus problemas solo; no pienses: «Dejaré primero el cigarrillo, luego volveré». No, por favor, vuelve como

estás. No razones: «Dejaré las tres mujeres que tengo ilícitamente para que el Padre pueda recibirme». No, no es así como funcionan las cosas en el reino de Dios. él dice: «Hijo, ven a mí tal como estás, semidesnudo, con el olor que tienes, inmundo; ven, tráeme tus harapos, tus vicios, tus traumas». Y, ¡oh, amor maravilloso descrito en esta parábola! El Padre no siente asco del hijo maloliente. El Padre lo abraza y lo besa.

¿Entendiste? ¿Cómo podría el Padre tener asco de ti, si tú eres lo que él más quiere en este mundo? ¿Piensas que va a rechazarte, como a veces los hombres te rechazamos? ¿Piensas que, por el hecho de que lleves visibles en tu vida las marcas del pecado, el Padre te va a dar la espalda y condenarte? ¡No, mil veces no! él, con certeza, te abrazará y te besará; te quitará las ropas inmundas, te preparará un baño, cortará tu cabello y tus uñas; porque la salvación es de él. Y es él quien justifica, y es también él quien santifica. Es él quien perdona, y también es él quien da el poder para vivir una vida de victoria y de obediencia.

Conozco muchas personas que andan perdidas en la vida, intentando inútilmente resolver sus problemas. «Volveré, pastor —dicen—; pero primero tengo que poner en orden mi vida». Y yo te digo en el nombre de Jesús, que si piensas que para regresar necesitas antes corregir tus errores, ciertamente nunca regresarás. Todo lo que conseguirás será acumular una serie de fracasos y promesas incumplidas. Esto aumentará cada vez más en tu corazón el sentido de culpabilidad e impotencia que irá silenciando lentamente la voz de Dios.

Yo sé que en este momento estás escuchando la voz del Padre llamándote: «Hijo, es hora de que vuelvas». Y me pregunto: ¿Por qué llegaste a donde llegaste? ¿Qué fue lo que te apartó de Cristo y de su iglesia? ¿Lo recuerdas? ¿Fue la discusión con un hermano? ¿Fue algún mal testimonio de alguien de la iglesia? Y ahora, dime: ¿Valió la pena haber sa-

lido? Claro que no. Anduviste todo este tiempo solitario y triste; cada vez que llegaba la puesta del sol del viernes, una extraña sensación de dolor oprimía tu corazón. A veces, cuando pasabas delante de una iglesia, tu corazón latía aceleradamente. No, nunca fuiste feliz allá afuera. La mayor prueba de eso es que llegaste hasta aquí en la lectura de este libro. Es posible que te estés preguntando: «¿Cómo es que este hombre me conoce?» La verdad es que yo no te conozco, aunque muchas veces haya orado por tu regreso, aún sin conocerte.

Un día, en los minutos devocionales, sentí la voz de Dios que hablaba a mi corazón: «Alejandro, escribe lo que estás pensando, porque tengo miles de hijos maravillosos llorando allá afuera. Están tristes, vacíos, buscando algo que, en el fondo de su ser, saben perfectamente que soy yo. Escríbeles, porque este librito será el instrumento que usaré para traerlos de vuelta. En mis brazos no sentirán más frío. A mi lado no tendrán más hambre. Necesito que regresen antes que llegue la noche, mientras todavía pueden oír mi voz llamándolos».

Por todo ello, amigo mío, que estoy escribiendo estas líneas, y por eso ahora voy a pedirte que te arrodilles dónde estás, o que simplemente cierras los ojos, y digas en tu corazón: «Padre, basta, ya me lastimé demasiado en la vida. Estoy herido, cansado de pecar, cansado de vivir, de sufrir, de buscar; por favor, Padre, aquí estoy de vuelta en tus brazos, sin promesas, porque ya prometí muchas veces y nunca cumplí. Simplemente, estoy aquí. ¿Puedes limpiarme? ¿Puedes restaurarme? ¿Puedes hacer por mí lo que siempre fui incapaz de hacer por mí mismo?»

Capítulo 8: ¿Y ahora qué?

UNA DE LAS ÚLTIMAS ARMAS que el enemigo usa para mantenernos cautivos en su territorio es la

montaña de dificultades que coloca en el camino de regreso.

La primera dificultad puedes ser tú mismo. Tú siempre contrariaste a tus seres queridos que esperaban que regresaras. Y ahora, ¿cómo quedas? ¿Vas a dar el brazo a torcer? ¿Ellos vencieron y tú perdiste? Y el primer día que aparezcas de vuelta en la iglesia ¿no será que todo el mundo te va a mirar con curiosidad? Sin duda, te vas a encontrar con personas que te lastimaron; ¿cómo vas a reaccionar?

¿Y la vida? ¿No están todos esperando que, a partir de ese momento, vivas una vida ejemplar? ¿Y si no lo consigues? ¿Y si la decisión que acabas de tomar termina en la nada?

Yo sé, mi querido amigo, que todas esas inquietudes están pasando por tu cabeza, pero quiero decirte una cosa: Si las personas que un día decidieron seguir a Jesús miraran al futuro, con la intención de ver el camino estuviera limpio de piedras y espinas, nadie, absolutamente nadie, seguiría a Jesús. Ese fue mi gran error cuando era joven. Concentraba toda mi atención en las dificultades de mi vida espiritual. Vivía ansioso a causa de mis errores. Toda mi expectativa se concentraba únicamente en mi conducta; y eso solo me causaba desesperanza y frustración. Pero un día concentré toda mi atención en Jesús, y entonces las cosas cambiaron. A veces, en la noche, acostado en mi cama, lo veo sonreírme, como si yo fuera un niño que está aprendiendo a andar y él estuviera allí, enfrente, animándome: «¡Ven hijo! ¡Vas a ver que lo vas a lograr! ¡Otra vez! ¡Eso!»

¡Ah!, amigo mío, no sé qué palabras usar para convencerte de que este es el secreto de una vida victoriosa. Nunca mires hacia atrás, ni a la derecha ni a la izquierda, mira hacia adelante. Si miras para atrás, solo verás el pasado tratando de masacrarte con el martillo de la culpa. Si miras para un lado u otro, oirás muchas voces: condenación, reclamos, vientos contrarios, oscuridad y olas gigantescas, que intentan hundir tu pequeña embarcación. Por eso,

por todo lo que más quieras, mira para adelante. En medio de la noche oscura y el viento helado, está Aquel que es poderoso para salvar y, en nombre de él, sal del barquito de las inseguridades y camina sobre las aguas de la indiferencia de este mundo. Haz lo imposible, quiebra las leyes de la naturaleza. Sigue adelante, con los ojos fijos en el autor y consumidor de la fe, tu amigo JESÚS.

Un fuerte abrazo. Espero verte cuando Jesús vuelva.

Table of Contents

[Introducción](#)

[Capítulo 1: Hijos o esclavos](#)

[Capítulo 2: El enfrentamiento](#)

[Capítulo 3: La partida](#)

[Capítulo 4: La alocada huida que nunca acaba](#)

[Capítulo 5: La dura realidad](#)

[Capítulo 6: El despertar](#)

[Capítulo 7: El regreso](#)

[Capítulo 8: ¿Y ahora qué?](#)